

AÑO XXI.—NÚM. 6139

26 DE NOVIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 26 de Noviembre de 1881

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVIII

Á IGUAL EPOCA DEL SIGLO XVI

—o—
VII

Entre las causas concurrentes al abatimiento de la industria nacional, de que hicimos mérito en nuestro anterior artículo, dejamos apuntada una, que no fué seguramente la que menos dejó sentir en ella su pernicioso influjo: tal es la falta de afición á las artes mecánicas.

Desde que tuvimos Américas, que ya nadie pensó sino en hacerse rico, no por medio del trabajo útil y provechoso, sino por arte de fortuna. El deseo de serlo influyó en todas las clases, desde el Monarca al último de sus vasallos; dos distintos afectos, igualmente aines como funestos en sus consecuencias: el lujo y la molición; dos aspiraciones, cuyas síntesis vienen á unificarse en esta soa tesis: *vivir sin trabajar*. Cuanto fue ra el afán desordenado que se desarrolló por el lujo, podemos verlo por los siguientes ejemplos.

Salgan en primer término la pompa y magnificencia de nuestros monarcas. Hasta Felipe II ninguno otro llegó á desplegar mayor fausto ni llevó tan allá el honor á su persona. Cuando salía de Madrid para cualquier punto del reino, la víspera de la partida, una parte de su corte se ponía en camino al son de trompetas; los reyes de armas y las guardias españolas y alemanas precedían á la régia comitiva. Seguía un carro cubierto de tela de color verde, tirado por dos mulas en el cual, bajo un pabellón ricamente adornado, iba colocada una caja, forrada de terciopelo carmesí, que contenía el sello del rey; y continuación cuatro maceros con sus clavos y un cuerpo de infantería y caballería que formaba la escolta. Felipe III gastó en su casamiento con Margarita de Austria más de un millón de ducados, y las bodas de la infanta Isabel con el archiduque Alberto costaron nueve cientos cincuenta mil. Con razón dice un escritor que no había gastado tanto Fernando el Católico en la conquista de Las dos Sicilias.

Los grandes del reino, atraídos por el brillo de la corte, abandonaron sus habituales residencias, sus palacios de arquitectura morisca, exornados con tanto gusto como sencillez, donde gastaban sus riquezas en medio de sus vasallos, y fueron á establecerse en Madrid; dándose, á ejemplo del soberano, á un lujo tal, que llegó á causar la admiración de los embajadores extranjeros.

Cuando salían á visitas de ceremonia, ó de grande etiqueta, llevaban por séquito una larga comitiva de caballeros, que llenaban á veces hasta veinte coches; y sus mujeres no se presentaban en las calles de Madrid sino acompañados de un escudero á caballo, y de todos los gentiles hombres de su casa. Los duques del Infantado, de Medina de Rioseco, de Escalona y de Osuna, á imitación del Rey, tenían á modo de una pequeña corte, con intendentes de palacio, mayordomos, camareros y pages en gran número; y había quien se rodeaba de una guardia compuesta de doscientos hombres de armas. Era honor suyo tener ricas capillas, una buena música y seises que sostenían á costa de crecidos gastos. La señora de la casa era tratada como una reina; sus mujeres la servían de rodillas; el page que le presentaba la copa del agua permanecía arrodillado mientras bebía, y el gentil hombre, cuando la visitaba, si estaba sentada, la saludaba hincando una rodilla en tierra. En casos extraordinarios la magnificencia de los grandes rivalizaba con la del mismo rey.

El duque de Sesma gastó trescientos mil ducados en la fiesta del casamiento de Felipe III, y cuatro mil en las que tuvieron lugar á la entrada de la infanta Isabel en España. Solo en fundaciones piadosas empleó este magnate un millón y quinientos mil ducados. Miranda poseía un riquísimo tesoro de piedras preciosas. Don Rodrigo Calderon competía en fausto con los más ricos señores; en su desgracia se le confiscaron en su palacio y de sus amigos más de seiscientos mil ducados, gran número de joyas y una vajilla de oro y plata de inestimable valor.

A ejemplo de los poderosos los hidalgos de escasa fortuna que eran muchos, se hicieron de alhajas para lucir en las fiestas de la Corte; creyeron degradar su condición, habitando casas que muchos grandes de España no hubieran desdeñado; en los tiempos de Carlos V; ya necesitaban muebles más suntuosos, bóvedas artesonadas, chimeneas de jaspé, columnas de pórfiro, gabinetes de tocador llenos de objetos raros y costosos, y mesas de ébano embutidas de ricas piedras. Los floreros de barro se vieron reemplazados por vasos de plata; ya no querían tapices, que en otro tiempo satisfacían la vanidad de los príncipes; despreciaban las pieles doradas y los tafetanes de España, que eran deseados en todos los países de Europa; en lugar de las colgaduras groseras con que se contentaron sus antepasados, hacían venir á mucha costa tapicerías de Bruselas, y pintaban al fresco las paredes de las estancias no entapizadas. La mayor parte de sus vestidos se traían del extranjero, pues gus-

taban de llevar capas inglesas, gorros de Lombardia y cazado de Alemania. Compraban los lienzos de Holanda y las telas de Florencia ó de Milan. El más pobre de estos hidalgos no quería que su mujer saliese sino en coche, ni que este fuese menos brillante que el de un señor de la corte. A imitación de los grandes tenían oratorios y capellanes, secretarios, mayordomos, guarda-ropas, ó ayudas de cámara, cocineros, mozos y galopines de cocina, cocheros, volantes ó lacayos, palafraneros, mozos, aguadores que después de llevar el agua se les destinaba á los trabajos más penosos, sirvientes de mesa, encargados del servicio interior de las habitaciones, y escuderos que corrían á caballo con la espada á la cintura, delante de los coches de sus amos. Tenían también un gran número de mugeres de servicio; las criadas inferiores destinadas á las faenas más humildes y las doncellas de cámara.

De esta manera se iba fomentando en el pueblo el amor á la ociosidad que encontraba en la vanidad de los grandes el mejor medio de vivir sin trabajar.

En comprobación de lo que dejamos expuesto, y para que se vea que no hay exageración en el relato, citaremos un hecho que hemos leído con referencia á una relación de viajes de fines del siglo XVII.

«El duque de Alburquerque ha muerto hace ya algun tiempo, y se me ha dicho que en pesar é inventariar su vajilla de oro y plata se habían empleado seis semanas, durante las cuales se invirtieron dos horas cada día. Había entre otras cosas mil cuatrocientas docenas de platos servilleteros, quinientas de entrada, ó fuentes grandes, y setecientas pequeñas, con todo lo demás á proporción, y cuarenta escalas de plata para subir á su bufete.»

«Cuando me refirieron, dice el autor de la relación, semejante opulencia de un particular, me pareció que se burlaban de mí, y hallándose presente D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, acudí á preguntarle en solicitud de confirmación, y me aseguró que todo era verdad; añadiendo que su padre, que no se consideraba rico en vajilla de plata, tenía seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes de este metal.»

No hubiera sido lo más malo que los grandes disipasen sus rentas en tales humos de vanidad; lo peor fué que las gentes del estado llano quisieron imitar á su vez y manera aquel exagerado lujo que á tantos llevó á la ruina y á la pobreza. A tales fines conducen los malos ejemplos. En los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, no se veía un carpintero, un maestro de coches, ó cualquiera otro artesano, que no fuese vestido de

terciopelo, ó de raso, como los hidalgos, ni que dejase de tener su espada, su puñal y su guitarra cogidas en las paredes de su taller, y muchos de ellos renunciaron á sus habituales ocupaciones para vivir en la ociosidad.

Así se vieron engrosar las hueses saltadoras de caminos, de las cuales tendremos ocasión de hablar más adelante.

MANUEL GONZALEZ.

Un sábio de Berlin, ha descubier to después de varias observaciones microscópicas un nuevo parásito en la carne del cerdo, que aparece como un pequeño gusanito semejante á la sanguijuela, pero muy distinto de la triquina. Estos gusanitos aparecen de las partes musculares y algunas veces se mueven con rapidez. Un periódico alemán describe este nuevo parásito acompañando varios dibujos.

El Dr. W. Huggins ha leído recientemente una nota interesante á la asociación Británica para los adelantos de las ciencias. Ya había hecho en 1868, por medio del espectroscopio, observaciones que le habían dado por resultado la presencia del carbono unido probablemente al hidrógeno en la materia cometaria. El 24 de Junio y el 25 por la mañana obtuvo el Dr. Huggins dos fotografías del cometa de este año que confirman sus primeras observaciones y demuestran además que una parte de la luz del cometa es propia del astro mientras que la restante es luz solar reflejada.

Además el óxido ó nitrógeno señala también su presencia entre el carbono y el hidrógeno según las indicadas fotografías.

La divisibilidad eléctrica está ya dando grandes resultados prácticos gracias á la perseverancia de Edison.

El jefe de la municipalidad de Méjico ha autorizado para que se instalen en varios puntos de la capital los nuevos aparatos eléctricos que concluirán con las luces de gas.

De esperar es que en la capital de España veamos pronto el prodigioso invento de Edison cuando ya se está ensayando en las principales ciudades del mundo.

Se cultiva mucho en los liestos y jardines una planta exótica que se llama vulgarmente «yerba prodigiosa y balsamina» y cuyo nombre botánico es «bacalia fiscoides.»

Esta planta tiene el aspecto de una crasulada por sus hojas, crusas y jugosas, pero si se examinan sus flores pronto se advierte que es una planta de la familia de las compuestas por que tiene muchas florecitas reunidas